Cada mes eres tú

Poly Godoy

Especial

Latidos
EDITORIAL

©Latidos Editorial
Segunda edición en Chile, abril 2026.
ISBN: 978-956-09673-4-3

Todas las ilustraciones en el interior y exterior del libro pertenecen a:

©2024, Catalina Giselle Toloza Espinoza /Springkolors

Editora:
Cecilia Catalina Ormeño Torres

Diseño y diagramación:
Catalina Giselle Toloza Espinoza

Todos los derechos reservados.
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmentes previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impreso en: Gráfica LOM.

Tipografía: Biblioteca.


Tú y ese futuro

2026, Santiago de Chile

El colegio para señoritas Santa Inés podía verse desde varias cuadras. Se alzaba entre edificios modernos con una solemnidad histórica, ocupando una manzana entera como si siempre hubiera estado allí y todo lo demás se hubiera construido a su alrededor.

El Santa Inés era reconocible no solo por sus más de cien años de historia ni por la larga lista de mujeres destacadas que se graduaron de allí, sino por algo mucho más difícil de explicar: las monjas, quienes educaban a cada una de sus estudiantes de tal forma que dejaban una huella indeleble en sus vidas y personalidades. A veces para bien; otras... digamos que no tanto.

Lennon Montenegro lo sabía mejor que nadie. El Santa Inés le había regalado algunos de los momentos más felices de su vida escolar, pero también había sido el escenario de los peores. Incluso de algunos que, si pudiera elegir, habría borrado de su vida por completo. Con sus amigas los llamaba sus «eventos canónicos», aquellos hechos que marcarían para siempre la historia que estaba por construir.

Habían pasado tres días desde la graduación y Lennon seguía llorando. Era el primer lunes de su vida como egresada de cuarto medio y el vacío que le provocaba la idea de no ser más una colegiala la abrumaba. Así que, aferrada a la promesa de que esta sería la última vez que iría al colegio, se secó las lágrimas y se puso en marcha.

«Excolegio. Ay, no...», pensó y de nuevo tuvo ganas de llorar.

La Lennon del pasado lo había hecho a propósito, no vaciar su casillero ni pedir el certificado que necesitaba para comenzar aquel verano un programa de ciencias en la Universidad de Chile, el que compatibilizaría con un trabajo temporal que, por desgracia, aún no había encontrado. Todo con la clara intención de tener una excusa de peso para volver el lunes siguiente y retomar un poquito más de la rutina que llevaba años repitiendo.

Cuando su mejor amiga sacó todas las cosas de su casillero y las echó sin ningún cuidado en una bolsa negra que le había pasado una tía del aseo, Lennon se llenó de espanto al ver que años de cuadernos y libretas eran tratados como basura. Volvió la mirada a sus cosas perfectamente ordenadas y cerró la puerta sin sacar nada.

—¡¿No te las llevarás ahora?! —casi gritó Martina, aun más espantada.

—Tengo que venir a buscar unos papeles después, así que ahí me llevaré todo. Ahora no me quiero ir tan cargada.

Martina alzó una ceja con incertidumbre.

—No son excusas, es que...

—Ay, Lennon. —Su amiga, como siempre, leía sus intenciones—. Déjalo ir. Nada de lo que tienes ahí te va a servir en el mundo real.

Mentía. Porque ahí tenía guardados miles de recuerdos formativos que serían fundamentales para su futuro.

La Lennon del presente contemplaba su casillero vacío con una culpa absurda, especialmente porque tenía las manos ocupadas con todas las cosas que había sacado de él. A diferencia de Martina, no había metido sus pertenencias en una bolsa para llevárselas a casa. Ella las había abrazado contra el pecho con la intención de llevarlas a su sala y revisarlas una por una. Se gastó en eso las horas de su primer día libre.

—Aquí estás. Te mandé como quince mensajes... ¿Lennon? —Martina abrió la puerta de la sala y ladeó la cadera con sagacidad en la mirada—. ¿Lennon, estás llorando? Ay, huevona. Ya basta de llorar.

Lennon tenía frente a ella un pequeño desastre: un par de cuadernos apilados, cuatro textos escolares, su copia de La amortajada, una cantidad absurda de papelitos doblados y lápices que no recordaba haber guardado.

Se giró para mirar a su amiga e hizo un puchero. Dos lágrimas gruesas le rodaron por las mejillas y, detrás de ellas, llegaron los sollozos. Los mismos que había intentado contener durante la misa de despedida de los cuartos medios y que ahora, por fin, podía dejar salir sin que nadie le pidiera que se calmara.

Ninguna monja había visto llorar tanto a una alumna.

En vez de ganarse la merecida compasión de su amiga, Martina soltó una carcajada, aunque sus cejas curvas la contradecían con

genuina compasión. Tan sensibles como sus brazos, que la cobijaron cuando se acercó para apretarla contra ella.

—Ya no llores más, tonta.

—Es que me da pena.

—Pero estás llorando como si alguien hubiera muerto y todo lo contrario, ahora vamos a empezar vivir la vida de verdad.

Se separó de su amiga y se frotó los ojos.

—No quiero.

—Ya sé, porque eres una ñoña.

—Es que...

—¿Lennon ya está llorando?

Apoyada en la puerta se encontraba la chica que confundía a toda la congregación de monjas del colegio con su aspecto tan ambiguo. La misma que, a pesar de ya no ser estudiante del Santa Inés, seguía siendo recordada por todos.

—¡¿Te dejaron entrar?!

Aran se encogió de hombros.

—Estaba la hermana Isabel en la puerta. Dijo que no nos demoramos.

—Te adora, te lo he dicho miles de veces. —Lennon se quitó las lágrimas que le quedaban en el rostro.

—Creo que me odia por dejarme un poco largo el pelo. La confundo más.

Lennon pasó de los brazos de Martina a los de Aran. La chica le acarició el cabello y, cuando se apartó, le quitó las lágrimas del rostro.

—No puedes seguir llorando porque saliste del colegio.

—Eso le he dicho. —Martina se sentó en la silla que había sido usada por todos sus profes el último año de colegio.

Lennon se sorbió la nariz. Aran sacó una bolsita de pañuelos desechables de su banano y se la pasó.

—Es que no quiero ser adulta, no quiero dejar de venir al colegio. Allá afuera todo es tan incierto, soy incapaz de afrontarlo. Hoy casi me pongo el uniforme. ¿Se dan cuenta que de ahora en adelante tendremos que preocuparnos todos los días de qué nos pondremos? Por eso no pagaba cuando hacían jeans day. —Lennon se aferró al vestido color rosa pastel que llevaba puesto.

—Mentirosa, los pagabas y con ganas. —Martina la señaló con un dedo acusador.

—¡No este año!

Aran se rio y se sentó en una mesa vacía a su lado.

—Igual es normal, pero te digo, después de un rato dejas de echar de menos este lugar.

—Dice la que conoció los privilegios de estudiar en colegio mixto. —Esta vez el dedo acusador de Martina señaló a Aran.

—Te dije que te cambiaras. —Se encogió de hombros como si no fuera la gran cosa.

—Ah, claro, ¿y me hubieran dejado sola? —Lennon se llevó las manos a la cintura, con un nuevo puchero en los labios.

Martina se rio y negó con la cabeza:

—Mis papás me hubieran matado si me cambiaba a un colegio público.

—Yo te hubiera matado si me dejabas sola.

—Bueno, en la universidad estarás sola.

Martina frunció el gesto sin darse cuenta de cómo los ojos de Lennon se volvían a llenar de lágrimas. Empezar de cero en una universidad le parecía tan aterrador como llegar a un país extranjero sin conocer el idioma. Miró a sus amigas y se preguntó por qué no podían seguir estudiando juntas, aunque su separación era inevitable.

Contuvo las lágrimas y abrió su carterita para sacar una bolsa de tela enorme, donde empezó a guardar sus cosas. Mientras, Martina y Aran hablaban de una fiesta que organizarían las del B para celebrar su salida de cuarto medio. Sería distinta a la Gala del A, que seguiría la tradición de vestidos largos, parejas y una cena familiar con música en vivo. Versus, la del B buscaba parecerse más a una fiesta electrónica en una discoteca. Con parejas sí, pero sin padres. Martina se quejaba porque no la habían invitado formalmente a diferencia de Aran, quien tenía el «honor» de ser parte de los dos eventos, los que, por cierto, se sumaban a su propia gala de cuarto medio.

—No es para tanto. Vengan igual, nadie les pondrá mala cara. Lleguen tarde eso sí, para pasar más piola.

—Ni muerta —dijo Lennon—. Es su fiesta, y me siguen cayendo mal. ¿Qué tiene de malo hacer una gala?

—Ay, Lennon, pero es que tu sabes que son súper...

—¡Únicas y diferentes! —dijeron las tres al mismo tiempo y soltaron una carcajada.

—¿Se están riendo del lema del polerón de mi curso?

Yanis era una piedra en el zapato con la que cargaría de por vida. Estaba segura, incluso cuando ella y Aran terminaron por un tiempo durante el año pasado. Lennon veía el futuro, porque siempre estuvo segura de que volverían, a pesar del dramón que fue su quiebre.

En resumen, Aran aún no se definía y las nuevas posibilidades que surgieron al estudiar en un colegio con hombres y mujeres, donde nadie se fijaba en su binarismo, la hicieron alejarse de la pelirroja que, por su parte, comenzó a vislumbrar la posibilidad de ser pansexual.

Ahora que habían vuelto, bastaba con ver la expresión de sus caras y lo fácil que Aran levantaba un brazo para sujetar a Yanis por la cintura, para confirmar que, de hecho, estaban destinadas a pasar toda la vida pegadas la una a la otra, y ella a presenciarlo.

Miró a Martina e hicieron una arcada.

—¿Tú también te estabas riendo? —preguntó Yanis.

—Lo siento, bebé, hay cosas que no cambian.

—Claro, como su lealtad hacia su curso. —Lennon volvió a guardar sus cosas en la bolsa.

—Lennon, ¿estabas llorando?

Sus mejillas rojas se encendieron aun más por la vergüenza.

—¿Qué te importa?

—¿Sigue llorando porque se va?

—No te rías tan fuerte, Yanis, que tú lloraste tanto como ella.

Martina era simplemente la mejor.

—De felicidad, huevona, porque nos vamos de esta mierda por fin —dijo la colorida, haciéndose un espacio entre las piernas de Aran—. Lennon, no llores más. Te vas a la universidad, a estudiar por fin lo que amas. Nunca más tendrás que leer algo por obligación, ni hacer un trabajo para música, ni menos pararnos en la mañana a rezar el «buenos días». Eres libre, hasta que el sistema laboral precario de este país nos esclavice.

—No he entrado a la universidad, aún no damos la PAES.

—Entrarás, mensa —continuó Martina—. Licenciatura en Ciencias con mención en Astronomía en la Universidad de Chile. Amiga, es tuyo.

Era algo demasiado inmenso y Martina estaba demasiado cómoda.

Lennon guardó su último cuaderno y, en ese instante, su celular vibró en su bolsillo.

OLIVIA

Hola, bonita.
¿Estás en el Santa Inés aún?

La niebla que empañaba su buen ánimo desapareció de golpe. Así era Olivia, como el sol del mediodía, todo lo aclaraba.

—Mírala —Aran rio bajito—. Extrañaré esa cara de pava.

—¿Es Olivia? —Esa era Martina.

—Claro que es Olivia... Está babeando.

—La única que babea aquí eres tú cuando te besas con esta.

—¡Oye, respeta! —dijo Yanis y le dio un beso en el mentón a Aran.

—Huevona, córtenla. En cualquier momento aparece la hermana Isabel y... —Lennon volvió en sí y miró a la pareja preocupada.

—¿Y qué va hacer? ¿Echarme del colegio? ¿Sacarme del closet delante de mis papás de nuevo?

Tragó nerviosa ante el amargo recuerdo y se permitió reír. Compartió una mirada con Martina que decía: «sus traumas, sus chistes».

—Me voy, manga de insensibles. ¿Tú te quedas? — le dijo a Martina.

—Si, pero no contigo. No me voy a quedar con ninguna de ustedes para que me restrieguen a sus pololas en la cara, malditas. —Martina tomó sus cosas—. Por cierto, Yanis, ¿tú qué haces aquí?

—Entrenamiento de handball. Tenemos partido el domingo.

—¿Después de la fiesta?

—Después de la fiesta.

—Suerte con eso.

—Las veo el viernes entonces, en la Gala —Lennon se despidió con el mismo pesar de quien despide a un marino que se va a la guerra.

Le dio un abrazo apretado a cada una —bueno, a Yanis no tanto— y se encaminó hasta el invernadero con su bolsa cargada de recuerdos y las mismas mariposas que solo Olivia Ponce le provocaba.

Su polola era una visión. Siempre lo ha sido y siempre lo sería.

Sus mangas arremangadas, sus manos llenas de tierra, su cabello atado en un moño desordenado y su sonrisa ladeada cada vez que la veía entrar al invernadero. Olivia no había dejado de visitarlo, a pesar de que ya había egresado hace dos años y le iba excelente en la carrera: era guía de los mechones de Agronomía y hace poco había realizado su primera práctica en un viñedo, donde los agricultores locales le habían enseñado a experimentar con la propagación natural de especies.

Todo el mundo le hablaba de las infinitas posibilidades que tenía por delante, pero nadie hablaba de lo que estaba dejando atrás; cosas que seguirán existiendo, pero que ya no volverían a ser las mismas. Lennon no estaba lista para dejar esa vida cómoda, sus rutinas ni la certeza de saber qué venía después. Afuera del Santa Inés la esperaban sus sueños, la universidad que había elegido y un futuro que todavía no sabía cómo enfrentar.

—¿Y esa carita? Con lo bonita que te ves, Lennon.

Olivia se pasó las manos por el borde de la mesa para quitarse los restos de tierra y abrió los brazos para recibirla.

Lennon llevaba doce años sabiendo exactamente qué venía después: un curso, vacaciones, luego otro, clases, cumplir años, graduarse. Su plan estaba trazado, pero ahora... ¿qué pasaría con ella? Solo tenía un montón de posibilidades inciertas.

—¿Aún estás triste?

—Un poquito, pero ya se me va a pasar.

Olivia olía a tierra mojada.

—No te sientas mal, todo esto es normal. —Lennon hundió más su nariz en su cuello—. Da pena, pero todo lo que viene será bacán.

—Tengo una relación tóxica con el colegio. —Se separó, pero permaneció con las manos aferradas a la cintura de su polola.

—Lo sé, pero lo que te da pena es solo perder la rutina, nada más. Porque todo lo bueno te lo vas a llevar contigo: las experiencias, tus amigas, yo...

La seguridad de Olivia la hizo reír.

—Es que... —exhaló con pesadez—. ¡No me gustan los cambios! Es eso, nunca me han gustado y ahora no me queda otra que cambiar y —Puso una cara de asco— crecer.

—De eso se trata.

—Ya, suena bonito, pero ¿y ustedes? Martina no va a entrar a la U acá, porque a la más mínima posibilidad va a volver a Estados Unidos. Está chata de tener una relación a distancia y, sobre todo, extraña la academia donde estudió hace dos años. Aran se tomará un año antes de entrar y se va a ir a voluntariar no sé a dónde con Yanis, y tú...

—¿Yo? Voy a vender accesorios para perros en «Doggy Style: todo lo que necesitas para tus mascotas», mientras tú consigues un trabajo part-time. Seguimos igual.

—Por ahora.

—A mí me parece suficiente.

Se mordió el labio.

—¿Qué te preocupa Lennon? De verdad...

—¿Y si el mundo es demasiado grande para mí? ¿Y si me ciega y cambio? ¿Y si me olvido de estas cosas que amo porque encuentro algo más grande?

Las cejas de Olivia se alzaron, no por sorpresa, sino porque conocía a Lennon demasiado bien. O, al menos, lo suficiente para saber que no solo le temía a lo inesperado, sino también a su insaciable ambición. Le teme a que todo lo que venga sea demasiado bueno y que, al perseguirlo, deje atrás a la persona que es ahora.

—Con que es eso...

—Supongo que me asusta conocer un mundo que me guste más que el mío —admitió al fin—. Porque entonces tendría que seguir sin ustedes. Y no quiero eso.

—¿Seguir sin nosotras? —preguntó Olivia.

—No quiero olvidarme de las cosas que amo ahora.

—Mi Lennon —le dijo y subió sus manos para despejarle el rostro del cabello que cubría sus ojos. No le importó que la manchara de tierra cuando tomó su rostro, ni menos que la mirara con firmeza—. La vida es para que la vivas, con cada uno de sus cambios naturales y obvios. Grandes cosas pasan cuando sales del colegio.

Alzó la mirada y gruñó bajito.

—No hables como si fueras mi papá...

—Tu papá es un hombre muy sabio. —Le dejó un beso corto en los labios—. ¿Cómo dices siempre? El universo se expande y eso es un proceso natural. Debes expandirte, Lennon.

—¿Y si...

—Nada. Deja que las cosas pasen, ya veremos cómo solucionaremos sea lo que sea que pase.

Frunció el ceño. Olivia estaba demasiado cómoda en el presente como para prestar atención a los problemas del futuro. Le encantaba dejarse caer en esa calma, así que se inclinó para besarla sin importarle que alguien pudiera pillarlas. Olivia afirmó su cabeza por la nuca para profundizar el beso y dejar que durara hasta que fue difícil respirar.

—¿Esta puede seguir siendo una rutina?

—¿Besarme?

Asintió.

—Claro, sea donde estés, siempre encontraré la forma de llegar a tu lado.

—¿Te queda mucho aquí? Mi casa está sola...

—¿No volveremos a pensar en el futuro incierto que te tiene loca?

Negó.

—No si te quedas conmigo.

Olivia se alejó con los ojos fijos en ella. Con esos ojos clavados en cada uno de sus movimientos, Lennon se permitió dejar de pensar en todo lo que estaba dejando atrás y en todo lo que podía pasar en el futuro. Olivia tenía razón: no necesitaba saber cómo resolver su vida hoy. El plan ideal era, simplemente, dejar que las cosas pasaran.

Lennon no sabía muy bien cómo llevar a cabo ese plan, pero iba a intentarlo.

Aunque Yanis ya estaba bastante lejos, pudo escucharla. Cuando la miró por sobre el hombro, su sonrisa socarrona había desaparecido y, en vez de darle una respuesta ingeniosa, solo levantó su dedo medio antes de desaparecer por el pasillo.

Lennon alzó su mentón con orgullo porque para ella eso de las notas no era un problema. A diferencia de Yanis, no necesitaba matarse estudiando, solo le hacía falta prestar algo de atención en clases y tomar buenos apuntes para revisarlos un día antes de la prueba. Sus amigas lo consideraban una injusticia; ella, un don.

—Lo siento, Yanis, un leo siempre tiene la última palabra —sentenció de mucho mejor humor.

Estuvo a punto de darse una palmadita en la espalda.

Yanis Petro había pasado a segundo medio, como ella, pero iba en el paralelo, el repudiable «B». Lennon iba en el A, donde se sabía que estaban las mejores alumnas o, al menos, las que tenían mayor potencial académico.

«Qué molesta», pensó, y se fue a donde estaban sus padres.

¿En serio la hermana Isabel, la presidenta de la comitiva de las abanderadas, la había escogido a ella? Hasta Cristina era mejor opción que Yanis. La chica era igual de odiosa, pero menos ocurrente, así que podía hacerla callar con un comentario irónico con mayor facilidad. En cambio, con Yanis las discusiones eran eternas, suspicaces e inteligentes y, aunque le costaba reconocerlo, eso en algún momento le había gustado.

Es que Yanis, a pesar de ser una cabeza de chorlito de apenas un metro sesenta, caminaba por los pasillos del colegio como si fuera dueña hasta del kiosco. Les regalaba una sonrisa encantadora a todas, desde las tías del aseo hasta las alumnas de básica, con tal de caer bien. Exudaba carisma por los poros y lo usaba siempre que podía con tareas como ayudar a hacer aseo en las salas o asistir a las hermanas en la capilla para evitar ser castigada. Con razón había sido elegida abanderada, estuvo luciéndose desde primer año para eso.

Lennon se quejaba siempre del exceso de confianza que tenían las alumnas del B. Como Yanis, eran más bien... promedio, pero aun así actuaban como si pudieran comerse el mundo.

No obstante, si se hubiera hecho una encuesta entre todo el alumnado, la conclusión hubiese sido que Yanis y ella estaban cortadas

por la misma tijera, a pesar de lo mucho que se esmeraban en aparentar que no. Lennon usaba con astucia la sonrisa perfectamente alineada —que años de frenillos les costó a sus papás—, su grácil andar y el encanto de sus ojos miel para ser la favorita de su curso y, por ende, la de su profesora jefa, que no era otra más que la hermana Isabel.

Si lo veía así, no eran tan distintas. Tal vez por eso, por un breve periodo de tiempo, fueron algo muy cercano a pololas.

—Ya es tiempo de entrar, *darling*. ¿Está todo bien? —Su mamá vivía hace unos treinta años en Chile, pero su acento inglés aún prevalecía. Aquella voz suave fue como un endulzante para el amargo sabor de boca que le quedaba al pensar en su némesis.

—Sí, mamá, tranquila. Recibirás solo buenos comentarios sobre mí en las reuniones de apoderados.

A su lado, su papá bufó con la misma sonrisa altiva con la que Lennon se había mirado en el reflejo de la puerta de entrada.

—Solo debes ser discreta si no quieres sacar a la luz tu lado rebelde. Dudo que quieras que te echen de tus famosas abanderadas. —Lennon y su papá eran mucho más parecidos; ambos siempre estaban listos para ocupar su carisma a su favor.

Enderezó la espalda y asintió con confianza.

—Usa tus recursos de forma inteligente y preocúpate de tus estudios.

Lennon sonrió apenas sintió el abrazo de su papá y el beso de su mamá en su sien.

—Así será.